

1. LA FE GENERA CULTURA

1.1. Fe y cultura: una relación viva

Al hablar de cultura pensamos inmediatamente en bibliotecas, museos, música clásica, etc. Todas estas realidades son, sin duda, manifestaciones culturales. Nos enriquecen y, muchas veces, nos apasionan. Pero la cultura es mucho más que eso.

Se puede hablar, por ejemplo, de cultura adolescente, e incluir en ella todas las cosas que gustan a una persona de tu edad. De ese modo, la cultura abarca los modos de vestir, el argot, las aficiones y los objetos con los que te identificas (un tipo de música, los videojuegos, etcétera).

En un sentido más amplio, **cultura es sinónimo de mundo humano**. Tú vives en una casa que se ha transformado en hogar gracias a una cultura (en virtud de una tradición familiar y social). Cada persona crece y se desarrolla en el medio cultural en el que nace o vive. Por eso, **la cultura está al servicio de la persona, considerada en todas sus dimensiones**. La palabra *cultura* remite a todo aquello con lo que el ser humano desarrolla sus múltiples cualidades corporales y espirituales (*Gaudium et spes*, n.º 53).

La **dimensión religiosa** —decisiva en la vida personal y social— **no es ajena a ningún ámbito de la cultura**. Las creencias de un pueblo acerca del origen y el destino del mundo constituyen una de las fuentes más ricas de su acervo cultural. Son un saber que proporciona al hombre una visión de la totalidad del mundo que dota de sentido al curso de la vida.

A su vez, **la vivencia de la fe se ve influida por la cultura** en la que el creyente está inserto. Juan Pablo II recordó que «una fe que no se hace cultura es una fe no plenamente acogida, no enteramente pensada y fielmente vivida».

1.2. Las raíces cristianas de Occidente

La fe cristiana, que es optimista, afirma el valor y la belleza del mundo. Dios es la belleza y la inteligencia perfecta, y su huella se encuentra en todo lo creado. Además, ha dado al hombre la capacidad de entenderlo y la libertad para mejorarlo y embellecerlo.

La impronta de la fe cristiana en la cultura occidental es evidente: los siete días de la semana que culminan el domingo, las fiestas que marcan el ritmo del año (Navidad, Semana Santa...), los conceptos que fundamentan la democracia (igualdad, fraternidad, libertad o dignidad de todo ser humano), etcétera.

Como saber acerca del sentido último de la vida, la religión cristiana proporciona un marco de referencia que nos enseña a no permanecer encerrados en nosotros mismos, a conjugar el nosotros, a sentirnos parte de algo que nos trasciende y de lo que todos formamos parte. Este sentimiento constituye una **seña de identidad** de nuestra cultura.

La afirmación cristiana de la bondad del mundo y de la materia como Creación de Dios, refrendada en el misterio de la Encarnación, ha llevado a los cristianos a manifestar y

celebrar esta bondad por medio de las más diversas expresiones culturales, que forman parte de la cultura y la historia de Occidente.

Si olvidáramos las raíces cristianas de la cultura occidental, ¿cómo podríamos justificar las grandes conquistas de Occidente? Sin la presencia pública del cristianismo, la cultura de Occidente se quedaría sin fundamento.

2. LA FE Y LA INTELIGENCIA

2.1. La razón se abre a la fe

«Dios ha querido tanto la razón, mediante la cual podemos conocer las estructuras razonables del mundo, como ha querido la fe» (Youcat, n.º 23). Por eso, desde sus inicios, el cristianismo ha potenciado siempre la ciencia y el trabajo intelectual.

Ya en el Evangelio se descubre la profundidad de discurso del Señor: Jesús se dirige al corazón de los hombres (busca la conversión), pero también a la cabeza (busca la comprensión). Siguiendo su ejemplo, los primeros cristianos adaptaron el mensaje evangélico a personas de toda condición:

- **Padres apostólicos.** La necesidad de hacer comprensible la fe para la propia vida y para la evangelización, exigió a los primeros cristianos un especial esfuerzo. Los primeros escritos no bíblicos pertenecen a los Padres apostólicos (siglos i y ii) y consisten en respuestas a dudas sobre fe y moral que surgían en la vida de las primeras comunidades. Clemente de Roma, Ignacio de Antioquía y Policarpo de Esmirna son sus principales ejemplos.
- **Apologistas.** Estos autores —san Justino u Orígenes—, conocidos como apologistas, no dudaron en utilizar el bagaje intelectual de la civilización grecolatina en su defensa de la fe cristiana frente al paganismo.
- **Padres de la Iglesia.** Fueron personas que se esforzaron en traducir a la cultura de su tiempo los misterios cristianos. Con su reflexión, santidad de vida y escritos, ayudaron a fijar los principales dogmas de la doctrina católica. Cabe destacar a cuatro de habla griega: Atanasio el Grande, Basilio de Cesarea, Gregorio Nacianceno y Juan Crisóstomo; y a cuatro de habla latina: Ambrosio de Milán, Agustín de Hipona, Jerónimo de Estridón y Gregorio I Magno. Con ellos, comenzó a elaborarse una ciencia nueva: la **Teología***.

2.2. El renacimiento cultural de Occidente

A partir del siglo vi, con el derrumbe de la mayor parte de las ciudades del Occidente romano, desaparecieron también muchas bibliotecas y escuelas. No obstante, los **scriptoria*** de los monasterios fueron asumiendo su función poco a poco.

Comenzó, entonces, un proceso de **copia y traducción** de la obra de los Santos Padres y de otros escritores de la Antigüedad. Se hizo un esfuerzo especial por mantener las **enseñanzas del mundo clásico**. Así, la mayor parte del conocimiento alcanzado en el

mundo grecorromano nos ha llegado a través de autores cristianos como Boecio, Isidoro de Sevilla, Beda el Venerable, etcétera.

En la Alta Edad Media (a partir del siglo xi) empezaron a «reglarse» los estudios. Surgieron las **escuelas catedrales**, cuyo objetivo era formar al clero; estas fueron el germen de las futuras **universidades**. Durante el siglo xiii, Europa se llenó de universidades, muchas de ellas, de origen eclesiástico, como las de París (1215), Oxford y Salamanca.

La Universidad tuvo un marcado carácter supranacional. Permitió la ordenación y la sistematización de todo el saber de la época. La enseñanza se basaba en el estudio de las **artes liberales***, tras cuya superación se pasaba a las escuelas superiores de Derecho, Medicina y Teología.

Esta época fue uno de los momentos de mayor genialidad intelectual de la historia de la humanidad. En ella destacaron pensadores como **san Alberto Magno, santo Tomás de Aquino y san Buenaventura**.

2.3. El humanismo cristiano

La Edad Moderna se inició en el siglo xv con el Renacimiento y el humanismo. Este movimiento cultural, pleno de admiración hacia los cánones de la Antigüedad clásica, dio lugar a profundos cambios en las esferas política, artística, científica y religiosa.

También la Iglesia recogió este impulso y se puso a la cabeza de las letras y las artes, convirtiendo su sede de Roma en un importante centro cultural. Esto favoreció el desarrollo de un humanismo cristiano deslumbrante, cuya influencia sigue presente en la actualidad.

Sin embargo, el ideal humanista, al considerar al hombre como medida de todas las cosas, también trajo consigo un cierto alejamiento de Dios al que, sin negarlo, se relegaba al cielo. Así, aunque las ideas seguían siendo cristianas, surgió un **clima de inspiración pagana** que distanciaba lo humano de lo divino. Este alejamiento propició que en los siguientes siglos surgieran movimientos filosóficos que intentaron separar radicalmente la fe de la razón.

El ataque filosófico a la fe, sin embargo, ha propiciado un **humanismo de raíces evangélicas** que, frente a ideologías totalitarias e individualistas, defiende la dignidad de todas las personas y sus derechos fundamentales, promueve la solidaridad y la justicia social, y está abierto a Dios y a su proyecto salvador para la humanidad.

Paralelamente, el desarrollo de la ciencia y la técnica ha sido imparable. En algunos casos, se ha querido ver una contradicción entre la verdad científica y la verdad revelada, sin querer entender que entre la fe y la ciencia no puede haber conflicto alguno, porque ambas —aunque por caminos distintos— tienden a la verdad. Un buen ejemplo de ello es la importante labor de tantos cristianos en todas las disciplinas científicas.

3. LA FE Y LA EDUCACIÓN

A lo largo de toda su historia, la Iglesia se ha esforzado en el ejercicio de la caridad y las obras de misericordia. En este esfuerzo hay que situar la labor educativa desarrollada por muchísimas instituciones católicas. Se mencionan aquí solo algunos ejemplos.

La Iglesia no pretende únicamente atraer a los hombres, sino «fecundar y fermentar la sociedad misma con el Evangelio» (Compendio de la DSI, n.º 62). Por eso, la relación entre la Iglesia y la educación nace con los orígenes de la propia Iglesia. Esta relación milenaria se ve realizada en tres aspectos:

- Un estilo pedagógico que se caracteriza por el respeto a **lo que es la persona humana, a su originalidad y a lo que cada una está llamada a ser.**
- Una práctica educativa fundamentada en los **valores evangélicos** y, en consecuencia, una **sociedad verdaderamente humana.**
- Unas instituciones educativas que pretenden **formar a la persona entera**, en un proceso en el que se unen el conocimiento, la afectividad, la responsabilidad personal y la apertura a Dios que propone la fe.

Durante los **primeros siglos** de influencia cristiana nacieron las escuelas monásticas, municipales y catedralicias. Desde los siglos v a viii, autores como Marciano Capella, Casiodoro y san Isidoro de Sevilla realizaron compendios de todo el saber en forma de libros de texto para los escolares.

La **educación medieval** desarrolló la forma de aprendizaje a través del trabajo o el servicio. Los centros educativos de las catedrales, los dominicos, los agustinos o los franciscanos estaban abiertos a personas procedentes de cualquier estamento; de este modo, se promovió la mejora social de los individuos

Durante el Renacimiento, el ideal educativo volvió la vista al mundo grecorromano, sin rechazar las aportaciones medievales. Pensadores católicos como Erasmo de Rotterdam y Luis Vives influyeron en los métodos pedagógicos de su época.

Ya en el siglo xvi, la Compañía de Jesús –fundada por san Ignacio de Loyola– promovió un sistema, la llamada **ratio studiorum**, en el que se realizó por primera vez una distribución de los contenidos y técnicas docentes por edades. Las Escuelas Pías de San José de Calasanz incluyeron el trabajo manual y el ejercicio físico.

En el siglo xvii, san Juan Bautista de la Salle, fundador del Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas (hermanos de La Salle), fue pionero en su educación sistemática de los profesores.

La renovación de la educación llegó con los Salesianos (san Juan Bosco fue su fundador), los Hermanos de La Salle y los Maristas (de san Marcelino Champagnat). La educación católica alcanzó entonces el sello de la excelencia, al mismo tiempo que se promocionaba la escolarización de los menos favorecidos.

En el ámbito de la educación de niñas y jóvenes, la labor de instituciones como las Ursulinas (fundadas por santa Ángela de Mérici), las Hijas de María Inmaculada, las Hijas de la Misericordia y las ramas femeninas de las escuelas masculinas ya nombradas, fueron pioneras en la formación de las mujeres y en su integración en la sociedad. Esta labor educativa no se ha detenido nunca: universidades, colegios, centros de formación profesional, etcétera.

En el ámbito de la opinión pública, han aparecido también abundantes iniciativas de inspiración cristiana. Son ejemplos de ello las editoriales, los periódicos, los canales de televisión, las agencias de prensa, páginas web, etcétera.

4. LA FE Y LA SOCIEDAD

El cristianismo es una religión de vivos (Lc 20, 38): creer significa vivir la fe en cada uno de los momentos de la vida. Por eso, los cristianos, con su práctica del Evangelio, iluminan las sociedades en las que se integran.

La fe y las costumbres. Desde el inicio de la historia cristiana, el amor al prójimo, la dignidad de ser hijos de Dios, la igualdad de todos los hombres y la práctica del perdón han ido modificando las relaciones humanas y las costumbres sociales. Esta actitud se hizo patente ya en el Imperio romano. Desde que el cristianismo dejó de ser perseguido y se convirtió en una religión legal, las penas que han impuesto las leyes se han vuelto más suaves; la mujer ha pasado a tener un protagonismo nunca visto antes en el mundo occidental; toda persona –incluido el esclavo– se ha considerado como sujeto de derechos y deberes; se han suprimido las supersticiones, etcétera.

La solidaridad cristiana. El mensaje cristiano se aplica a todos los miembros de la sociedad. De esta manera, surge un sentimiento solidario general, especialmente orientado a la atención a los desfavorecidos. No es raro, pues, que las sociedades cristianas sean renuentes a la esclavitud, aunque los poderes terrenales la permitan. Ya los primeros cristianos tenían la costumbre de manumitir a sus esclavos al ser bautizados. Esta es también la razón por la que, por ejemplo, la reina Isabel la Católica prohibiera en su testamento (1505) la esclavitud de los habitantes de las Américas.

Esta labor pasa por la creación de instituciones caritativas, hospicios, hospitales, escuelas populares, centros de rehabilitación de dependientes, etc. Numerosos organismos, desde las Hijas de la Caridad y los Hermanos de San Juan de Dios, hasta muchos laicos, dedican sus esfuerzos a estas actividades solidarias.

5. LA FE Y EL ARTE

5.1. Arte, culto y transmisión de la fe

El arte, para un cristiano, es una invitación a la esperanza, y es fuente de alegría fundamentada en Cristo. Dios entra en nuestras vidas por el conocimiento de la fe y su práctica, y solo es posible conocer a través de signos sensibles... Esto da lugar a una

riquísima tradición cristiana que afecta a todas las disciplinas artísticas, desde la literatura a la música, desde las artes ornamentales a la gran pintura, la escultura y la arquitectura.

La Iglesia, además de ser depositaria de la fe, tiene una riquísima tradición de imágenes al servicio de la **transmisión de la fe**. Mediante el arte, la Iglesia hace accesible el mensaje de Cristo a todos los pueblos. Así nacieron las Biblias de piedra en el Románico, cuyo objetivo era la docencia: enseñar a la mayoría de los fieles no ilustrados la historia de la Salvación.

Durante siglos, el arte cristiano ha sido capaz de anunciar a Cristo y de alzar un himno de alabanza a Dios. En su dimensión material, la Iglesia es, desde este punto de vista, una colección inmensa de arte, que recorre la Tierra en toda su superficie.

Así, los templos cristianos construidos en todas las épocas, marcan cada país, cada ciudad o cada pueblo en los que habitan cristianos. Por ejemplo, en Europa hay muchas catedrales góticas que reflejan el culto cristiano y la belleza de la fe. Estas construcciones son el hito arquitectónico de muchos lugares y han influido enormemente en la arquitectura civil: así, las soluciones encontradas en ellas para mantener una gran bóveda en un templo cristiano, se han usado en edificios públicos de toda índole.

5.2. Liturgia y arte

La liturgia cristiana contiene un conjunto de textos de la mayor calidad literaria (muchas veces, elaborados por grandes plumas, como san Venancio Fortunato, santo Tomás de Aquino o san Ambrosio) que han tenido una gran influencia en la literatura universal. Lo mismo ocurre con los textos bíblicos y teológicos. Además, las historias y los motivos cristianos están presentes en las obras de grandes autores, desde Calderón de la Barca a Shakespeare, desde Dante y su *Divina comedia* a Henryk Sienkiewicz y su *Quo vadis?* Incluso en aquellos literatos a los que considera alejados de la fe se percibe con claridad la presencia de los valores evangélicos (J. Joyce, A. Camus, M. Proust o Thomas Mann, son solo unos pocos ejemplos de ello).

La liturgia es inconcebible sin la música: esto supuso el desarrollo del **canto gregoriano*** en la Edad Media; igualmente, en las escuelas catedralicias nació la polifonía y la música culta renacentista. Pocos compositores occidentales –sean o no cristianos– no tienen entre sus obras alguna misa, motete o himno de inspiración litúrgica: de hecho, muchas piezas litúrgicas se han convertido, con el paso del tiempo, en géneros musicales específicos. Así, la misa es, para muchos compositores, su obra maestra: pensemos en Josquin, Palestrina, T. L. de Victoria, Mozart, Fauré, Duruflé, Poulenc, Britten o Penderecki.

Además, la práctica de la fe ha llevado a muchos autores a lograr niveles máximos de sensibilidad. Es un ejemplo Francis Poulenc, músico francés quien, tras renovar su fe católica ante la Virgen de Rocamadour, compuso sus mejores obras vocales para la liturgia cristiana.